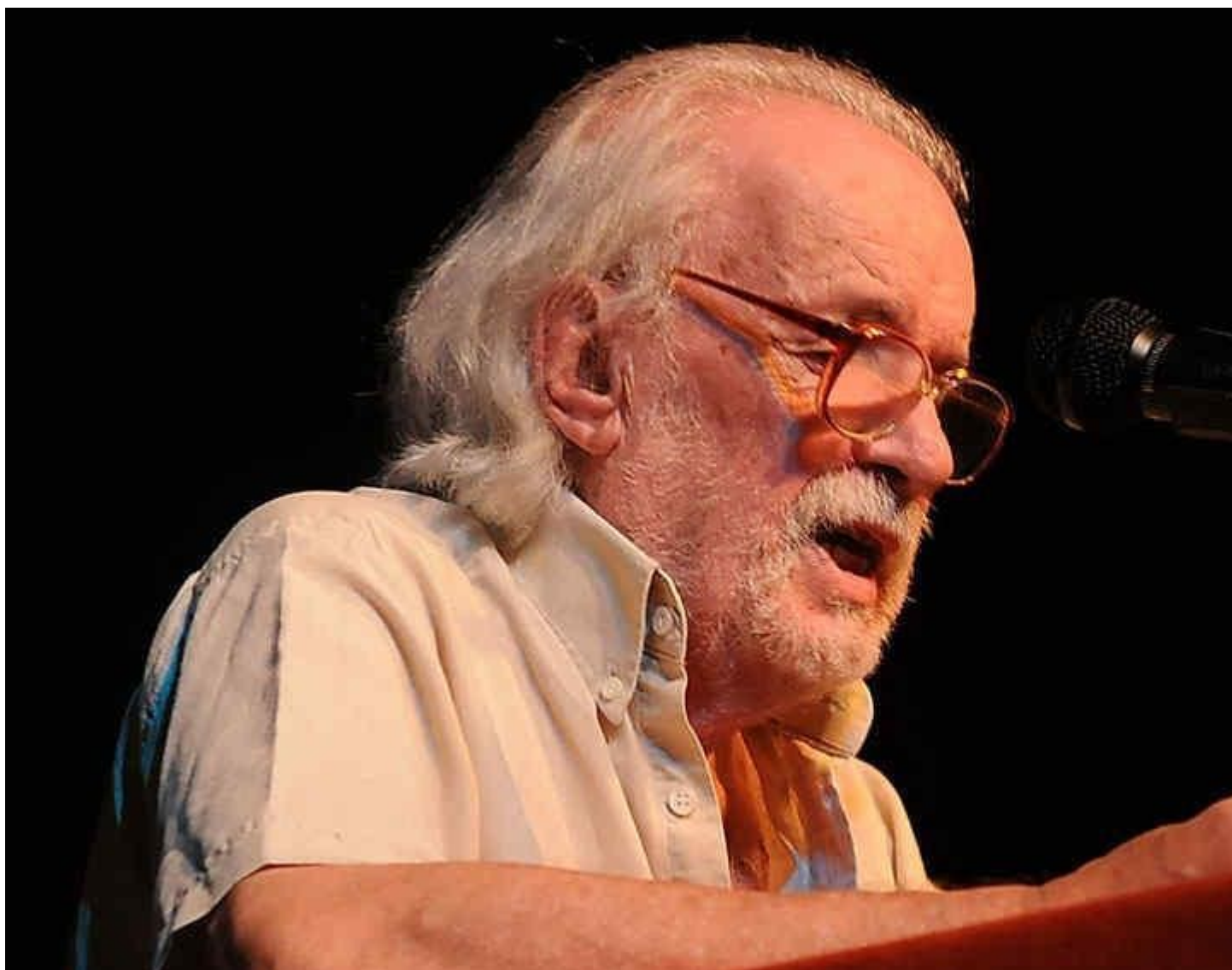


## En la unidad de lo múltiple



sobre *Alétheia*, Oscar del Barco (Borde Perdido Editora, 2020)

Es difícil, y quizás sea estéril, intentar separar los múltiples aspectos de una obra como la de Oscar del Barco, que se mueve entre la filosofía (de los griegos a Marx y a Heidegger), la política, el arte, la experiencia visionaria y la poesía, unidos a través de un sentimiento tan inaplazable como trascendente.

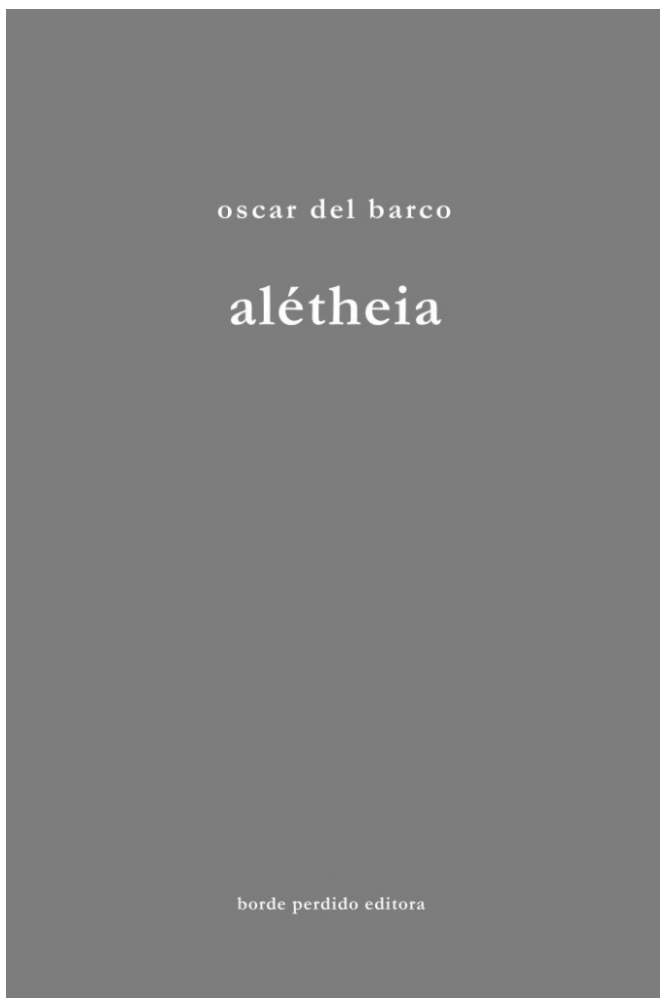
*Alétheia* es un largo poema, una especie de oda que durante casi cien páginas se lanza a la tarea de pensar lo impensable, de cantarlo, de atestiguar lo existente en sus múltiples instancias, y la vez penetrar el vacío, la posibilidad de que todo sea.

El poema comienza indagando la naturaleza de la luz -“el mundo nace cuando el párpado se abre creándolo luminosamente / nada puede decirse de la luz sólo nombrarla sabiendo que no tiene nombre”- ya que la “alétheia” que da título al libro, refiere justamente a la verdad como acontecimiento, como desocultamiento del ser, un concepto que Heidegger retoma de los griegos para pensar la verdad como lo oculto que se hace evidente, que a-parece y se dona como *algo* inteligible.

Podría decirse que el poema alterna dos vertientes, una más conceptual, del orden de la idea, y otra que la realiza, poniendo en evidencia la singularidad esquiva de lo tematizado. Y es ahí donde el poema gana fuerza y presencia, y donde el pensamiento se concreta.

“... las mariposas vienen antes o después que las flores del níspero y  
la lluvia no se apresura tal vez llegue antes que la nube o cuando  
la nube ya está junto a los ojos del perro o en las plumas de las  
palomas del monte  
así todo tiene su lugar sin que nadie nunca sepa cuál es su lugar”

El ansia de mirar más allá de lo visible, de auscultar en lo abierto, empuja a abrirse paso a través de los versos, a sentir que con cada pisada el mundo se despliega; siempre hay un más allá (en la mirada y en el pensamiento), en la incesante compenetración de todo con todo. Abrir las puertas de la percepción -son varios los trabajos en los que Del Barco aborda su experiencia con el peyote y el LSD- “penetrar en el orden de una intimidad parecida al sueño”, sin dar nunca la espalda al rango de lo sensitivo.



Alternando entre la microscopía y la vastedad, el aliento épico de la empresa tiene por momentos el sutil didactismo de un Lucrecio, una especie de himno -o plegaria- a la naturaleza que asume por momentos el vértigo de la visión, “la gran correntada del mundo es el dios que nos habla”.

Lo sagrado es aquello que religa al misterio de las cosas, y no algo que aluda a otro reino o instancia metafísica; está en la rugosidad de una corteza, los cipreses que apuntan hacia el cielo invisible, las hormigas en la rama de la higuera, “lo único que se sabe es que el ser llega y ordena los espacios donde las cosas se mueven en busca / de su propia resonancia”.

En un mundo que no encuentra salida y se autodestruye, ese gesto anacrónico de restituir al presente el estatuto de lo sagrado – a través de la poesía, el erotismo o la experiencia mística- quizás sean un modo de devolver al hombre una vitalidad ahogada por la técnica, el encierro en la cultura y la información. Experiencias como “ver y oír sin nadie que oiga lo que oyen y sin nadie que vea lo que ven”, suenan hoy como íntimas instancias revolucionarias, formas involuntarias de liberación.

Mario Nosotti

(Revista Ñ 1/08/2020)